

## Un viaje en coche

Mi rostro esboza una sonrisa al descubrir un *cuatro latas* blanco aparcado en la acera. Me acerco y miro en su interior. ¡Cuántos recuerdos de mi infancia revivo! Un coche exactamente igual nos llevaba a nuestro paraíso vacacional.

El dieciséis de agosto de madrugada iniciábamos el viaje dejando atrás a mis abuelos que nos despedían entre penumbras. En cuanto sus figuras se desvanecían en la noche, mi hermana y yo nos tumbábamos en el asiento a dormir. Todavía hoy me asombra cómo lo conseguíamos. Es increíble como el tiempo marca los espacios. El traqueteo nos desvanecía en sueños felices hasta que los primeros rayos de sol nos despertaban a la altura de La Roda. Una larga caravana atravesaba el municipio. Un gusano inmenso de autos que, también se detenían para desayunar y recobrar energías. Al reanudar el camino, la música del radio cassette sonaba al compás de las voces de Manolo Escobar, Pedrito Rico o lo Gemelos del Sur.

Mientras tarareaba la letra observaba a mi padre conducir. Su actitud ante el volante se asemejaba a la de un superhombre que nos dirigía al infinito. Mi madre, por su parte, ejercía de copiloto y estaba pendiente de darle agua o fruta.

A medida que avanzábamos a nuestro destino el calor se iba haciendo dueño del interior del coche. Mis padres bajaban las ventanillas para que entrara el aire. Las de atrás permanecían cerradas y nuestras camisetas se empapaban de sudor.

Me gustaba mirar los paisajes que a modo de fotogramas visualizaba a ochenta kilómetros por hora. Vívidas imágenes que se deslizan en mi mente como aquellas de los toros monumentales que incitaban a beber o las de los tractores que arañaban los campos. También, las de las primeras palmeras que anunciaban la cercanía de nuestro destino junto con el espejo azulado que se reflejaba en el horizonte...

El viaje se prolongaba durante más de ocho horas tras preguntar incontables veces ¿Cuánto queda? y respondida otras tantas con un «pronto» infinito. Pero el fin se escribía cuando el olor a salitre nos daba la bienvenida. Era entonces cuando mi padre acariciaba el capó del coche con unos golpecitos a modo de gratitud. Únicamente quedaba descargar el abarrotado maletero y dirigirnos a la cabina telefónica más cercana para anunciar a los que quedaron en Madrid que estamos felizmente sanos y salvos. Y, tras esa rutina de años, el verano era nuestro.

Cierta tristeza me sobrecoge cuando recuerdo el final de aquel Renault 4. Cuando lo trasladaron en su último viaje pensé que los pasajes recorridos añorarían su ausencia. Un nuevo auto llegaría con todos los avances del momento tales como radio incorporada, cinturones y mecanismos automáticos en las ventanillas pero el poso que deja el primer coche, jamás lo tendría porque fue el símbolo de aquel tiempo que pasó sin apenas percatarnos de ello.

Saco el móvil e inmortalizó a ese *cuatro latas* que permanece aparcado desconociendo su relevancia. Antes de irme, me acercó al capó y le doy tres golpecitos, tal como hacía mi padre.



HERZ